



MORELOS.

I.

El Viajero

Era uno de los primeros días del mes de Octubre de 1810. El sol descendía lentamente en el horizonte, y sus rayos ardientes bañaban el bosque de ciruelos, entre el cual se levantan el humilde templo y las pobres y dispersas casitas que forman el pequeño pueblo de Nucupétaro.

Nucupétaro está situado en el Sur del Estado de Michoacán, en medio de esa inmensa cadena de montañas que no termina sino hasta las costas del Pacífico.

El pueblo está en medio de un bosque de árboles de ciruela; pero allí el calor excesivo hace á la tierra árida y triste, un sol abrasador seca las plantas, y apenas unos cuantos días, cuando las lluvias caen á torrentes, los campos se visten de verdura, y los árboles se cubren de hojas; después los árboles no son sino esqueletos, y las llanuras y los montes presentan un aspecto tristísimo.

En Octubre, pues, la naturaleza no se ostentaba allí con sus encantos, un viento abrasador levantaba en las cañadas nubecillas de polvo, y el cielo, sin una sola nube, parecía velarse con una gasa que daba á su fondo azulado un tinte melancólico.

Delante de una de las casitas del pueblo, y á la sombra de un cobertizo de palma, se

mecía indolentemente un hombre, sentado en una hamaca.

Aquel hombre parecía estar en todo el vigor de su juventud; era de una estatura menor que mediana, pero lleno de carnes; moreno, sus negras y pobladas cejas tenían un fruncimiento tenaz, como indicando que aquel hombre tenía profundas y continuas meditaciones, y en sus ojos oscuros brillaba el rayo de la inteligencia.

El vestido de aquel hombre, de lienzo blanco, era semejante al que usaban los labradores de aquellos rumbos: un ancho calzón y una "campana," que es una especie de blusa.

Tenía entre las manos un libro, y sin embargo no leía, meditaba, porque su mirada vaga se perdía en el espacio.

De repente le sacó de su distracción el ruido de una cabalgadura; volvió el rostro; y casi al mismo tiempo se detuvo cerca de allí un anciano que llegaba caballero en una magnífica mula prieta.

—Buenas tardes dé Dios á su merced, señor Cura,—dijo el recién llegado.

—Muy buenas tardes,—contestó el de la hamaca levantándose y dirigiéndose al encuentro de su interlocutor.—¿Qué viento nos trae por aquí al señor Don Rafael Guedea?

—Aquí vengo de dar una vuelta por Tacámbaro, y á ver si me da posada esta noche su merced.

—Con todo mi gusto,—contestó el Cura.—Mándese usted apear.

—Vaya, Dios se lo pague al señor Cura Morelos.

Don Rafael entregó su mula á los criados que le acompañaban, se quitó las espuelas y el paño de sol, y abrazando al Cura con grande efusión, se entró á sentar con él debajo del cobertizo.

II.

Grandes noticias

—¿Y qué deja de nuevo mi señor Don Rafael por esos mundos?—preguntó el Cura.

—¡Cómo!—exclamó el otro—¿pues aún no sabe su merced las novedades?

—No. ¿Hay algo nuevo?

—Y mucho, y muy grave.

—Cuénteme usted, cuénteme usted.

—Pues, ¿recuerda su merced al señor Bachiller Don Miguel Hidalgo, que estaba en Valladolid en el colegio de....

—Sí, sí, y mucho; ¿le ha sucedido algo?

—¡Pues no diga nada! está su merced para saber, que se ha levantado.

—¿Levantado?

—Levantado contra el Virrey y contra los gachupines.

—Pero, ¿es cierto? ¿es cosa de importancia?—preguntó Morelos, pudiendo contener apenas su emoción.

—Tan cierto, que toda la gente de tierra fría anda ya revuelta; no se dice más, ni se habla de otra cosa sino del señor Hidalgo, que quiere libertar á la América, y que tan grave es el negocio, que el 16 de Septiembre amaneció ya levantado el señor Cura que era de Dolores, y el día 28 había tomado ya Guanajuato, que dicen que hubo mucha mortandad, y que estará ya muy cerca de Valladolid: cuentan, y es seguro, que trae muchísima tropa, y los gachupines están huyendo y cerrando los comercios y dejando sus haciendas; en fin, no sé cómo vuestra merced no sabe nada, porque la novedad es muy grande, y el señor Hidalgo tiene por todas partes muchos que lo aclaman y lo requieren.

Morelos había seguido la narración de su amigo sin perder una sola palabra; sus ojos se abrían desmesuradamente, su rostro se coloreaba, el sudor inundaba su frente, y su pecho se agitaba como si estuviera fatigado por una lucha.

Por fin, cuando Guedea terminó su relación, Morelos no pudo ya contenerse; levantóse trémulo, dejó caer el libro que tenía en las manos, y alzando los brazos y los ojos al cielo, exclamó con un acento profundamente conmovido, mientras dos gruesas lágrimas rodaban por sus tostadas mejillas.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡bendito sea tu nombre!

Después, dejándose caer en la hamaca,

apoyó su rostro sobre las palmas de las manos, y parecía que sollozaba en silencio.

Don Rafael Guedea, enternecido también, contemplaba respetuosamente á Morelos, sin atreverse á dirigirle una sola palabra.

Sin duda el viejo hacendado comprendía el choque terrible que debía haber sufrido aquel gran corazón al saber que ya tenía una patria por la que podía sacrificarse.

Morelos se había sentido mexicano por la primera vez; el pária, el esclavo, el colono, escuchaba el grito de Independencia.

Aquel placer era capaz de causar la muerte.

III.

El Guerrillero

Pocos días después de esta conversación, Hidalgo, con el ejército independiente, salía de Charo (inmediaciones de Valladolid) para dar la célebre batalla de las Cruces, y al mismo tiempo, aunque con opuesta dirección, se desprendía de allí Don José María Morelos.

Morelos iba á emprender la campaña por el Sur, y por todo elemento para acometer tan aventurada empresa, el señor Hidalgo había dado al Cura de Carácuaro un papel con la siguiente orden, firmada también por Allende:

"Por el presente comisiono en toda forma á mi Lugarteniente el bachiller Don José María Morelos, Cura de Carácuaro, para que en las costas del Sur levante tropas, procediendo con arreglo á las instrucciones verbales que le he comunicado."

En manos de un hombre vulgar, aquella autorización quizá no hubiera servido ni para levantar una guerrilla; pero Morelos era un genio.

Sobre aquellas cuantas líneas trazadas en un papel, Morelos iba á fundar una reputación gigantesca; aquella orden era para él la vara mágica con la que iba á levantar ejércitos, á fundir cañones, á dar batallas, á tomar plazas, á formidar por fin á los Virreyes y al Monarca español.

Durante el camino hasta llegar á su Curato, Morelos marchó sólo, pero su imaginación le presentaba por donde quiera divisiones en marcha, batallones en movimiento, cargas de caballería, asaltos, combates, escaramuzas, todo el cuadro, en fin, de la terrible campaña que iba á emprender.

Morelos llegó á Carácuaro, y allí reunió 25 hombres mal armados, y comenzó su carrera militar.

Conforme á las instrucciones del señor Hidalgo, se dirigió á las costas del Sur.

Saliendo de Carácuaro, llegó á Churumuco, pasó el gran río de Zacatula por las balsas, llegó á Coahuayutla, tomó el camino de Acapulco, siguiendo desde allí toda la costa.

Por último, dos meses después de haberse puesto en campaña con 25 hombres, Morelos contaba ya con 2,000 infantes, gran número de jinetes, cinco cañones y considerable cantidad de pertrechos de guerra.

Casi todo el armamento y todo el parque habían sido quitados al enemigo.

IV.

El Caudillo

Desde esa época, Morelos fué el caudillo prominente en la guerra de Independencia.

Vencedor unas veces, vencido otras, pero siempre constante, valeroso, inteligente, el humilde Cura de Carácuaro era un héroe.

Por todas partes se hacía sentir su poderoso influjo; por todas partes, á su nombre, se levantaban partidas, y se organizaban tropas, y se daban combates.

Y no se contentaba sólo con defender su causa por medio de las armas, sino que sostenía constantemente difíciles polémicas con los Curas y las principales personas del clero, que valiéndose de la religión, pretendían apartar al señor Morelos del camino que se había trazado.

La historia de las campañas del héroe, es la historia de todas las poblaciones, de todos los bosques, de todas las llanuras del

Sur de nuestra patria, y sus recuerdos viven imperecederos en todos esos lugares.

Pero el apogeo de la gloria de aquel grande hombre está en el sitio de Cuautla.

Reducido Morelos á defenderse en esa ciudad, que hoy lleva con orgullo el nombre del ilustre caudillo, dió pruebas de la grandeza de su genio.

Una ciudad pequeña en una llanura, abierta por todos lados, con unas fortificaciones hechas de prisa y sumamente ligeras: ésta era su posición.

Un ejército bisoño, casi desnudo, con malas armas, con pocas municiones, y constando de un reducido número: éstos eran sus elementos de defensa.

Félix María Calleja, el vencedor de Aculco, de Guanajuato y de Calderón, seguido de un numeroso ejército bien armado, perfectamente disciplinado, orgulloso con sus victorias, provisto de abundantes víveres y municiones y constantemente reforzado: esto representaba el ataque.

Y sin embargo, Morelos resistió sesenta y dos días y aquel sitio mereció con razón el renombre de famoso.

Viéronse allí episodios de valor inauditos para impedir que los sitiadores cortaran el agua; los sitiados hicieron prodigios, y vivieron los que custodiaban la toma, bajo una constante lluvia de proyectiles.

Por fin la situación se hizo desesperada; el hambre obligó á los insurgentes á tomar una resolución extrema, y la noche del 2 de Mayo de 1812, el señor Morelos salió de la plaza, atravesó con su pequeño ejército la línea de circunvalación, abriéndose paso á viva fuerza, y aunque sufriendo grandes pérdidas, y libre ya de aquel peligro, volvió á ser el alma inteligente y guerrera de la lucha de Independencia.

V.

El Mártir

La suerte abandonó por fin á Morelos, y en la acción de Tetsmalaca (5 de Noviembre de 1815) cayó prisionero en manos del Gene-

ral español Concha.—El martirio debía coronar aquella vida llena de gloria, y Morelos marchó al patíbulo lleno de valor.

La Inquisición, el clero, el Virrey, la audiencia, todos quisieron tener parte en el sacrificio, todos quisieron herir á su víctima, todos hicieron gala de su crueldad con aquel hombre que los había hecho temblar, y á cuyo sólo recuerdo palidecían.

Semejantes á una jauría hambrienta que se arroja ladrando y furiosa sobre un león herido, así aquellos hombres "organizaron su justicia" contra el pobre prisionero de Tetsmalaca.

La Inquisición le declaró hereje, el clero le degradó del carácter sacerdotal, la audiencia le condenó por traidor al Rey, y el Virrey se encargó de la ejecución.

Y el hereje, el traidor, el mal sacerdote, el ajusticiado, era, sin embargo, un héroe, un caudillo en la más sarta y más noble de las luchas; era, en fin, "el hombre más extraordinario que produjo la guerra de Independencia de México." (Alamán).

Morelos fué fusilado en San Cristóbal Ecatepec, el 22 de Diciembre de 1815.

Cuando la sangre de aquel noble mártir regó la tierra, cuando su cuerpo acribillado por las balas dejó escapar el grande espíritu que durante cincuenta años le había animado, entonces pasó una cosa extraña que la ciencia aún no explica satisfactoriamente.

Las aguas del lago, tan puras y tan serenas siempre, comenzaron á encreparse y á crecer, y sin que el huracán cruzase sobre ellas, y sin que la tormenta cubriera con sus pardas alas el cielo, aquellas aguas se levantaron y cubrieron las playas por el lado de San Cristóbal y avanzaron y avanzaron hasta llegar al lugar del suplicio.

Lavaron la sangre del mártir y volvieron majestuosamente á su antiguo curso.

Ni antes ni después se ha observado semejante fenómeno. ¡Allí estaba la mano de Dios!

VICENTE RIVA PALACIO.

Fusilamiento de Morelos en Ecatepec.





MORELOS ANTE EL OCEANO.

I.

Empezaba á anochecer cuando llegué á la casa del maestro Altamirano.

Nos sentamos frente á frente, junto á un balcón alumbrado por la lividez del crepúsculo. Y de esta suerte, en la hora vespertina, el maestro y yo platicábamos en medio de la vida serena, de las cosas crepusculares.

¿Qué misteriosas energías ligan las palabras con las palabras para llevarlas muy lejos de lo actual hasta los campos maravillosos del pasado? Yo no sé cómo empezamos á hablar de Morelos: de su infancia entenebrada por la orfandad, de su juventud errante por entre los caminos y las soledades, cuando era hatajador de mulas, y cuando iba, como Mahoma, visitando pueblos, transportando riquezas, poniendo en contacto ideas. Dijimos que las lágrimas del huérfano y los dolores de la niñez desamparada enseñaron, sin duda, á Morelos, á sentir los dolores ajenos, haciendo brotar, según la teoría de los modernos psicólogos, la mariposa divina del amor hacia los demás desde la crisálida obscura del egoísmo. Dijimos también que la existencia sembrada de sobresaltos, de inquietudes y de sorpresas, la vida del arriero, llena de fisonomías nuevas, enseñaron al mismo Morelos á no sorprenderse nunca, á comprender á los hombres y á comprender el secreto de las cosas.

El maestro hablaba con una voz que tenía entonaciones análogas á las de una lira de bronce; sus manos, en armoniosos movimientos, se agitaban en la sombra, acompañando el ademán á la palabra; yo lo escuchaba sorprendido, y en el seno de la obscuridad creciente nacían y se eslabonaban los recuerdos, los hermosos hijos de la idea.

II.

"Morelos, me dijo entonces el Maestro, llevaba en su alma el sentimiento, engendrado por su niñez dolorosa, y la observación producida por su juventud errante; sus ojos de mago sabían hurtarle sus secretos á la sombra, y sus palabras de tribuno sabían conquistar las voluntades de los hombres. Vió á lo lejos la claridad de la ciencia, y avanzó entonces á buscarla; la encontró en Valladolid, entre las fuertes paredes del Colegio de San Nicolás; oyó cómo hablaba de ella, con acento de inspirado, el Rector Don Miguel Hidalgo; pero, al oír hablar de la ciencia, oyó también hablar de su divina hermana la libertad, y poseído entonces de un doble y repentino amor, se sintió dominado por dos ideales, y fué desde aquel momento el paladín de la verdad y de la Independencia: por eso se ordenó de sacerdote, porque así avanzaba en el sendero de la ciencia, y por eso más tarde en el altar de la patria ofreció su vida en aras de la libertad; pero fué siempre su amor á los otros, conquistado con sus sufrimientos de niño, el que hizo el milagro de su fe republicana inextinguible, y fué siempre su conocimiento de los hombres, principiado en sus viajes de arriero, el que hizo el milagro de su talento organizador para la guerra.

El dolor, la observación y la voz de Hidalgo, fueron los tres factores del genio; se conjuraron con las dotes primordiales; se fundieron con los elementos nuevos, y he aquí que en seguida, durante las guerras de Independencia, tal vez más alto que nadie en la América, el huérfano, el hatajador de mulas, el Cura de Carácuaro, subió al Veladero, á Tixtla, á Cuautla, á Orizaba,

á Oaxaca y al Castillo de Acapulco, para mostrar á los tiranos y á los cobardes, al infinito mar y al infinito cielo, la bandera blanca y azul de nuestra Independencia.

"Es inútil repetir lo que todos saben: el poema épico de Cuautla, que resuena en los aires como un clarinetazo de triunfo; la toma de Oaxaca, que parece una hazaña increíble; la rendición casi inverosímil del fuerte de San Diego; pero si se recuerda cualquiera de los hechos de Morelos, en el más insignificante se revela su grandeza.

"Una noche, el gran luchador se acercó con sus guerreros á la brava costa de la mar del Sur: el intrincamiento inconmensurable de las grandes selvas del Estado de Guerrero, velaba las aguas: una tempestad hacía sentir su aliento enorme á través de los árboles; el viento producía inextinguibles, intermitentes y salvajes clamores; sobre las cabezas de los valientes el crespito mar de las hojas se estremecía con sacudimientos que parecían cansados por un terror sobrehumano; se diría que las palmas inmensas, cuyos penachos tocaban el cielo, y las grandes lianas, tendidas de árbol en árbol, y hasta las hierbas experimentaban un espanto infinito; á ratos, la luz sulfurosa de los relámpagos ponía gotas de claridad entre los árboles, y de súbito, ronco y profundo, como un quejido ó como un grito de cólera sobrenatural, retumbaba el trueno.

"Los valientes se detenían apoyados contra los árboles, los más osados marchaban hacia lo desconocido y lo inmenso, hacia el mar lleno de rabias y de terrores sin número; pero al frente de todos iba Morelos; su cabeza tranquila lucía ceñida por su pañuelo blanco, cuyas puntas flotaban, y en medio de la conmoción gigantesca que precede á las grandes tempestades, él iba en silencio, altivo y solemne, como si fuera el supremo vidente de lo sublime.

"De pronto, ante él se acabaron los árboles y se mostró el mar; la costa allí terminaba, á pico, insondable, un pedestal sobre el abismo: el formidable culebreo y el convulsivo amontonamiento de las aguas se desenrolló entonces con toda su fuerza sobre el Océano indefinido: el viento, este ti-

tán invisible y obscuro, corría sobre la soledad hirsuta; las nubes, apenas entrevistas, formaban una marejada negra sobre las aguas; la lluvia se desató copiosa en raudales, en torrentes; el bosque centenario cantaba detrás su grande himno; la mar desenvolvía sus mil ruidos, que son estertores, y sollozos, y truenos; el cielo se alumbraba de repente con fulgores lívidos que vertían la claridad sobre el horror; un instante, las tinieblas aullantes del agua, del viento y de la nube, eran sacadas de la sombra á la luz del rayo; pero en seguida, de súbito, retrocedían á lo negro, y entonces vivían en lo obscuro, gigantescamente, las formas prodigiosas de la borrasca, palpitantes é infinitas; pudiera afirmarse que en el cielo, cubriendo todo con sus alas negras, salpicadas de reflejos lívidos, estaba el pájaro infinito de la tormenta; y no obstante, sereno, dichoso en medio del terrible desencadenamiento, teniendo á sus espaldas á sus guerreros, hundidos en la selva, y sintiendo quebrados por los rayos los palmares centenarios, Morelos, cruzando los brazos sobre el pecho, erguido é indomable, veía, guardando en su alma la sonata infinita de los elementos, la tempestad, y su pañuelo blanco, como si estuviera vivo sobre sus sienes, agitaba sus puntas flotantes.

“En frente del estertor de las olas y de los cielos, Morelos creía ver á la América toda, hundida en la sombra como la mar, lejos del cielo como la mar misma, y no obstante, toda ella sacudida por el deseo insaciable de abismarse en la claridad y de conocer el progreso, irguiéndose titánica y soberbia contra los tiranos, como el mar contra los vientos, y poblando el espacio con sus gritos de agonía y de gloria.

“Bajo el acantilado, mientras las olas se estrellaban, levantando, como enormes flores blancas sostenidas por intermitentes tallos líquidos, sus explosiones de espuma; los pájaros del mar, las cenicientas gaviotas, se hundían entre las ráfagas lanzando ásperos gritos; por instantes el agua se iluminaba con fosforescencias extrañas, como si su cólera se hiciera luz; se tornaba de súbito en blanca, y entonces la borrasca

parecía una batalla nunca soñada, que librarán millones de gigantescos gladiadores lívidos.

“Morelos, ante el mar, era semejante al dios de las borrascas: aquella peña volada sobre el abismo y colgada bajo el otro abismo, el del cielo, era el pedestal digno de él; parecía, sin saberlo, regir la suerte confusa de los ejércitos de las olas; parecía mandarlas; la noche entera estuvo de pie electrizado él mismo ante las fulguraciones blancas de los relámpagos.

“Cuando luego fué calmándose el mar; cuando todo peligro hubo cesado; cuando las olas se aplacaron, y el viento, cansado de luchar, se fué aletargando; cuando la selva cesó de agitarse, entonces en el cielo sin nubes se dilató la luz de la mañana, y Morelos, todavía de pie, contemplaba la iluminación feérica del Océano, la tranquilidad gloriosa de las aguas.

“Aquella borrasca era un símbolo: era lo mismo que la guerra de Independencia, preñada de horrores, llena de catástrofes; pero en ella, á ratos, la misma tormenta se hacía fosforescente, se tornaba luminosa, y por fin, tras ella, debía venir también la aurora divina, la libertad de la América.”

III.

El maestro dejó de hablar, y aun veía yo á Morelos, en su pedestal, ante el Océano; la noche había cerrado, y aun me parecía ver el albor de la aurora sobre las aguas, por fin serenas.

EZEQUIEL A. CHAVEZ.

México, 1893.